

Se dirigió á la ventana que daba á la calle, la abrió con sus viejas manos arrugadas, se inclinó sacando medio cuerpo fuera, mientras que Basco y Nicolasita le tenían por detrás, y gritó:

—¡Mario! ¡Mario! ¡Mario! ¡Mario!

Pero Mario ya no podía oírle, porque en aquel momento volvía la esquina de la calle de San Luis.

El octogenario llevó dos ó tres veces las manos á las sienes con expresión de angustia, retrocedió temblando, y se recostó en un sillón, sin pulso, sin voz, sin lágrimas, meneando la cabeza y agitando los labios con aire estúpido, sin tener en los ojos y el corazón más que una cosa triste y profunda como la noche.

LIBRO NOVENO

¿Á DÓNDE VAN?

I

JUAN VALJEAN

Aquel mismo día, hacia las cuatro de la tarde, Juan Valjean estaba sentado solo en uno de los declives más solitarios del Campo de Marte.

Ya fuese por prudencia, ó por ese deseo de recogimiento que sigue á los cambios insensibles de costumbres que se introducen poco á poco en todas las exigencias, ahora salía poco con Cosette.

Tenía su traje de obrero y un pantalón gris; la ancha visera de su gorra le ocultaba el rostro. Estaba tranquilo y era feliz respecto de Cosette, porque se había disipado lo que le había asustado algún tiempo; pero hacía una semana ó dos le perseguía una ansiedad de otra naturaleza. Un día, paseándose por el boulevard, había visto á Thenardier, y gracias á su disfraz, éste no le había conocido; pero desde entonces Juan Valjean le había vuelto á ver varias veces, y había adquirido la certeza de que rondaba su barrio. Esto bastaba para determinarle á tomar una gran resolución.

Estando allí Thenardier, estaban todos los peligros á un tiempo. Además, París no se hallaba tranquilo: las agitaciones políticas ofrecían el inconveniente, para todo el que tuviera que ocultar algo en